

Leonardo Gasparini

Recortes *

Capítulo 5

Brechas por calificación

Las brechas por calificación no son las únicas, pero sí las más relevantes en magnitud. Existen diferencias salariales entre hombres y mujeres, entre diferentes razas, entre regiones geográficas de un país, entre áreas urbanas y rurales, pero todas estas diferencias, aunque preocupantes y merecedoras de serias discusiones, son significativamente menores al compararlas con las brechas de ingresos por educación.

De hecho, parte de esas otras brechas se explican por diferencias educativas previas entre los grupos. Un trabajador negro en Perú (categoría que incluye a mulatos, zambos y afroperuanos) gana en promedio 22% menos que un trabajador blanco semejante.¹ Sin embargo, esa diferencia se explica en gran medida no por discriminación en el mercado laboral sino por desigualdades previas: mientras que un trabajador negro alcanza en promedio 7 años de educación formal, el valor sube a 9 para un trabajador blanco. Si los primeros tuvieran la formación educativa de los segundos, la brecha actual de 22% caería a 7%. En resumen, es verdad que existen indicios de discriminación en los mercados laborales de Perú y en el resto de América Latina, pero la principal razón detrás de las brechas laborales ocurre en una etapa previa: en el proceso de formación de capital humano.

* Este documento incluye recortes y material descartado correspondiente al libro *Desiguales* de Leonardo Gasparini (Edhasa, 2022). Por favor, no usar sin permiso.

¹ Las categorías en la encuesta de hogares de Perú son “negro/mulato/zambo/afroperuano” y “blanco”.

La educación: ¿protagonista o actor secundario?

La importancia de la educación como política distributiva divide las aguas ideológicas. En un extremo, algunos minimizan su rol. No es que la educación no tenga efectos para mejorar las perspectivas económicas de la gente, pero la verdadera desigualdad, la preocupante, se produce entre los propietarios del capital y los trabajadores. Lo que genera diferencias de clase es la propiedad del capital físico y financiero, no del capital humano. En el otro extremo están quienes ubican a la educación como la llave que destraba todos los problemas del desarrollo. El crecimiento económico, el avance institucional, la reducción de la pobreza y de las disparidades económicas se logran con más y mejor educación. Por supuesto, muchos mantienen posiciones intermedias. Por ejemplo, Thomas Piketty remarca en su famoso libro el papel del capital y de las ganancias extraordinarias de los managers empresariales, pero finalmente reconoce el papel central de la educación: *“In the long run, the best way to reduce inequalities with respect to labor is surely to invest in education”*.

El mecanismo por el cual la educación reduce la pobreza – no la desigualdad - es bastante obvio. Las personas con más y mejor educación formal y mayor capacitación laboral son más productivas y les resulta más fácil obtener un empleo y ganar salarios más altos. En promedio, un argentino con educación superior (terciaria o universitaria) gana 108% más que un compatriota con solo estudios secundarios y 208% más que alguien que solo terminó la primaria. Estas proporciones se repiten en todos los países de América Latina. Es muy improbable que una persona con algún estudio terciario no logre obtener ingresos por sobre la línea de la pobreza. En Argentina, la mitad de las personas adultas con 7 años o menos de educación formal son pobres; el porcentaje cae al 20% para las que completaron 12 años y se hace virtualmente cero para quienes tienen estudios universitarios completos. La educación es un seguro casi perfecto contra la pobreza. Toda expansión educativa en un país está entonces asociada a una reducción de la pobreza; a lo sumo si la mayor parte de los beneficiarios de esa expansión son jóvenes no vulnerables, el impacto sobre la pobreza será débil.

Hasta acá comentamos la relación entre educación y pobreza; pasemos ahora a examinar la relación entre educación y desigualdad. El principal argumento de la educación como el gran instrumento *igualador* es también sencillo. Si todas las personas en una sociedad tuvieran las mismas oportunidades para educarse, las brechas educativas serían menores a las actuales y la desigualdad resultante en los ingresos laborales se reduciría. Más aun, las diferencias salariales no serían tan éticamente preocupantes ya que estarían determinadas en gran parte por factores “aceptables” como el talento,

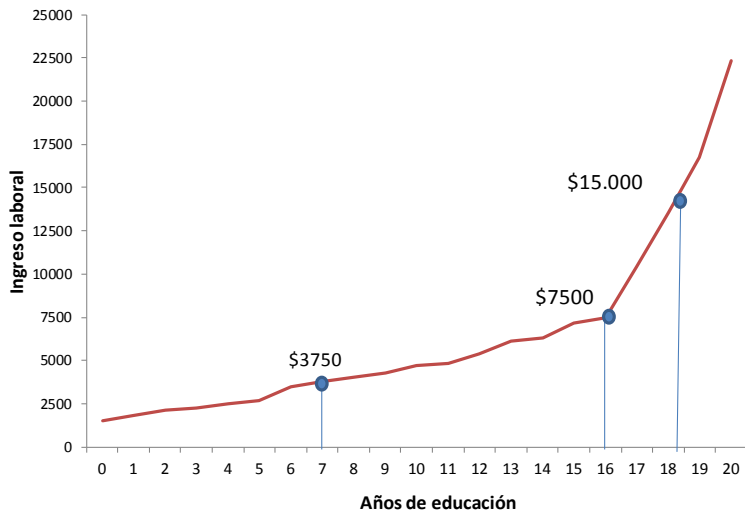
el mérito o el esfuerzo. Es la discusión del capítulo 1: con igualdad de oportunidades, la desigualdad de ingresos puede no ser vista como inequitativa. La educación es un factor esencial en la construcción de oportunidades. Naturalmente, no es el único: dos personas con idéntica educación y talento pueden terminar con ingresos diferentes si la primera tiene más contactos sociales y mayor riqueza familiar que le allanan el camino, o si la segunda es discriminada por su género o raza. La educación no es el remedio a todos los males, pero sin dudas debe figurar bien alto en la lista de prioridades de un país con anhelos de avanzar hacia el desarrollo con equidad.

La paradoja del progreso (educativo)

Supongamos un país que reporta un aumento de su inversión en educación y un incremento en el nivel educativo promedio de sus jóvenes. La situación parece alentadora, pero el entusiasmo inicial se nos apaga cuando escarbamos en los datos y notamos que la expansión educativa se ha concentrado exclusivamente en los niños y jóvenes de familias pudientes. Con esas características, la expansión educativa será seguramente *desigualadora*: las brechas de ingreso crecerán a pesar de que el país haya mejorado en término de sus estadísticas educativas promedio. Este ejemplo ilustra un punto importante: para contribuir a una mejora distributiva la expansión educativa no debe estar desbalanceada a favor de los más pudientes.

Pero aun una expansión educativa balanceada puede generar una distribución de ingresos más desigual. Un aumento educativo semejante para todos puede implicar más y no menos desigualdad. ¿Cómo puede ser esto posible? Este resultado, quizás extraño para muchos, está originado en un rasgo que los economistas llaman la “convexidad de los retornos a la educación”: un año adicional de educación suele ser más productivo en términos del ingreso adicional que genera cuando la persona tiene ya un nivel educativo alto, que cuando su nivel de instrucción es bajo. En Argentina, una persona promedio con 7 años de educación en 2015 ganaba \$3750. Para duplicar su salario y llegar a \$7500 por mes, el requisito extra de educación era considerable: aumentar de 7 a 16 años su educación formal. En contraste, para duplicar el salario desde \$7500 bastaba con dos años adicionales de educación; de 16 a 18. Un par de años adicionales en la primaria o secundaria son mucho menos “productivos” que dos años en un posgrado que permite acceder a salidas laborales muy rentables.

Figura 1
Convexidad de los retornos a la educación y desigualdad salarial



En este contexto con retornos a la educación convexos, una expansión educativa pareja implica un aumento y no una caída de la desigualdad. Ciertamente la pobreza se reducirá por el aumento generalizado de salarios debido a una población más educada, pero el aumento será desbalanceado a favor de los privilegiados con mayor educación, y en consecuencia la desigualdad salarial aumentará. El incremento educativo uniforme para todos resulta desigualador. François Bourguignon, Francisco Ferreira y Nora Lustig denominaron a este fenómeno por el que la expansión educativa genera más desigualdad de ingresos laborales la “paradoja del progreso”.

¿Es ésta una curiosidad más en la que suelen focalizarse los economistas simplemente porque resulta atractiva, pero que no tiene ninguna relevancia en la realidad? En un trabajo con Diego Battistón y Carolina García Domench mostramos que lejos de ser una posibilidad teórica, la paradoja del crecimiento ocurrió en casi todos los países de América Latina en los años 1990 y con un poco menos de intensidad también en los 2000. En un estudio más reciente, Francisco Ferreira, Sergio Firpo y Julián Messina documentan que en Brasil entre 1995 y 2012 se produjo un aumento sustancial de los niveles de escolaridad de los trabajadores: la proporción de la población en edad de trabajar con al menos 10 años de escolaridad se duplicó del 25 al 50 por ciento. Como predice la teoría, este fuerte aumento de la población educada llevó a una disminución en los retornos a la educación. Sin embargo, los autores encuentran que el efecto general de estas dinámicas educativas fue en realidad desigualador. La explicación está una vez más en la “paradoja del progreso” que implicó un impacto desigualador mayor que el efecto igualador de la reducción de la brecha salarial por educación.

La “paradoja del progreso” deja en claro que para que tenga un impacto igualador, la expansión educativa debe estar claramente focalizada en los estratos más vulnerables, aquellos donde el acceso a la educación está limitado o es de muy baja calidad. Si un país invierte en expandir y mejorar la calidad de la educación de su población más vulnerable, no solo por definición estará avanzando en dirección a la igualdad de oportunidades, sino también lo estará haciendo hacia una distribución del ingreso más igualitaria.